

RECAPITULACIÓN.

Las anteriores consideraciones dan lugar a un replanteamiento del aspecto formativo de la enseñanza y del examen. La cuestión presenta al menos las siguientes facetas, que nuestro "examen racional" de Ingreso pretende ir recopilando:

a) *Extensión o nivel de la enseñanza.*—Hay que determinar a qué grado de complejidad se aspira en una determinada fase docente, cuánto hay que saber de Gramática y cuál es el concepto que integra y sintetiza los elementos dispersos a ese nivel: concepto de función, concepto de régimen, sintaxis oracional, etc. Igualmente, cuál haya de ser el *grado de perfección del hábito adquirido*, que lo afiance suficientemente y no obstaculice el progreso hacia otras integraciones superiores.

b) *Modalidad del proceso mental adecuado.*—Una retención memoriosa de los datos no es igualmente formativa que una elaboración mental de los mismos. La repetición de un teorema no tiene la calidad didáctica que posee la inducción del mismo a partir de los datos concretos, o que la comprensión de su sentido y aplicación. Esta condición transformadora de los contenidos y de asimilación fecunda y viva corresponde al concepto de "ingenio", ya citado, de Huarte de San Juan.

c) *Grado de tensión y motivación.*—El alcance de la meta relaja la tensión; la meta demasiado fácil o demasiado difícil no consigue producirla; el ascenso a niveles superiores requiere una nueva motivación, que origina el estímulo y la emulación colectiva. Se insiste recientemente en ello y en la fijación de un *nivel adecuado de aspiración*. Este nivel debe afectar a la determinación de las *etapas o niveles* distintos que jalonan la enseñanza, por ejemplo, a lo largo

El factor humano en el educador de deficientes síquicos

LO HUMANO.

Se habla con frecuencia del factor humano, del caudal de humanidad referido a una persona determinada. Se tacha de inhumano a un sujeto cuyas actitudes respecto de personas o animales no son lo adecuadas que debieran. Otras veces, se añade el calificativo de humana a una acción que aun rozando, levemente quizá, alguna norma social o moral, queda un tanto justificada por responder a necesidades primarias del hombre.

Aún más; cuando nuestros actos encuentran eco en alguien que los sabe calibrar en toda su extensión e intensidad, le llamamos humano como sinónimo de comprensivo. Fulano es humano, comprende, se hace cargo de las acciones realizadas por los demás, con una visión y actitud hacia las mismas como de

de un curso, y también a la *importancia mayor o menor que se conceda al ingenio* en relación con la actividad puramente asimilativa.

CONCLUSIONES.

Si tuviéramos que enunciar en conclusiones breves el contenido medular de cuanto queda dicho, lo haríamos aproximadamente en las siguientes:

1.ª La Enseñanza Primaria es *instrumental* en relación con la Media.

2.ª Un examen de Ingreso puramente retrospectivo no posee validez pronóstica suficiente de la aptitud para los estudios medios, aunque esta afirmación dependerá de la calidad didáctica de la enseñanza y de las condiciones pedagógicas del maestro, lo mismo que la condición anterior.

3.ª Deben elaborarse pruebas de examen anticipatorias del éxito futuro en los estudios medios, además de comprobar la preparación suficiente del aspirante en las materias que son condición del Ingreso.

4.ª Estas pruebas irán enderezadas a descubrir en los aspirantes las condiciones mentales y de ingenio que hacen la enseñanza *formativa*, sicopedagógicamente.

5.ª Dichas pruebas deberían ser *objetivas*, representar, a un *nivel elemental*, el *contenido específico del Bachillerato* y proponerlo al examinando de manera que estimule y solicite en grado leve su capacidad de *elaboración mental*.

6.ª Debería incluirse en el examen de aptitud para los estudios un *test de inteligencia* adecuado para este fin.

FRANCISCO SECADAS.

semejante, de hombre que siente, piensa y quiere como aquéllos. Y decimos esto porque se da una sintonía real y no ficticia, corriente de humanidad que acerca a unas personas con otras, ejerciéndose entre ellas influencias recíprocas.

Sería ridículo y carecería de sentido hablar del trato humano de objetos y cosas, instrumentos que, por su categoría de medios como seres inertes, escapan a la relación de humanidad peculiar de los seres vivos.

Ahora bien, cuanto mayor es el contacto de un sujeto con ambientes distintos, cuanto más grande es su radio de acción con personas diferentes desde el punto de vista social, intelectual y hasta racial, el campo de posibilidades en el aspecto humano es tan rico y vasto que su personalidad se enriquece notablemente. Claro está, siempre que el sujeto en cuestión posea un *inteligencia medianamente normal*.

Ello tiene lugar no en virtud de clave mágica alguna, sino como resultado de la aplicación múltiple y variada de esas dotes de comprensión de que el hombre disfruta como animal racional. De esa toma de contacto con las diversas situaciones que la vida le va planteando, en las que se encuentra rodeado de

personas distintas también, que reaccionan y se expresan a su manera, el sujeto va acumulando material humano, vivencias; y no las almacena sin más, como si se tratara de llenar un depósito, sino que las acumula con un sentido funcional para echar mano de ellas o, mejor dicho, de la asimilación consciente que el vivirlas le ha proporcionado. Con este caudal vivencial se desenvolverá cada vez mejor en ocasiones ulteriores y aumentará progresivamente el número de recursos humano.

Y como la vivencia de los hechos no es sólo un acto de la inteligencia, sino que, además, entraña un sentimiento emocional, un matiz afectivo, esa vivencia plena, esto es, en lo que el hombre tiene de corazón y de cabeza aplicado a la actividad, le hace vibrar de un modo total, humanamente hablando.

No es la actitud cordial alocada por separado ni la fría intelectualizada; es el equilibrio certero logrado por la conjunción de ambas, lo que permite al hombre vivir adecuadamente en cualquier ambiente, sin que la adaptación al mismo le sea costosa. Y esa facilidad de adaptación no proviene sino de la flexibilidad que resulta de esa conjunción; y es real el modo de adaptarse en cuanto que sintoniza con los modos de ser de los que le rodean, pero, sin embargo, no se desvirtúa en nada el sujeto, conservando su intimidad humana.

Ejemplos relevantes de caudal humano los encontramos en las personas que han viajado mucho por razones de estudio, profesión o aventura noble. Nada en ellos deja de tener valor en sus múltiples viajes; aun cuando la fortuna no les haya sido siempre propicia, de todos los lugares y momentos guardan un recuerdo, sacan una consecuencia, triste o alegre, que les hizo reaccionar, aumentando sus posibilidades en el desenvolvimiento humano.

Por el contrario, solemos decir, con gran exactitud al respecto, que algunos viajan como las maletas cuando de ese contraste de ambientes que disfrutaron no han sabido aprovecharse para su enriquecimiento personal. Han viajado como cosas, no como hombres o mujeres (empleamos hombre en sentido genérico). Su experiencia humana no se actualizó y, por lo mismo, no resultó beneficiada ni beneficiosa.

En definitiva, el factor humano es el que hace triunfar en la vida al hombre, no ya por alcanzar puestos más o menos ambiciosos, sino lo que es mejor, porque le da un sentido respecto de ella. Es el que contribuye a que el sujeto no se ahogue en una gota de agua, según el dicho popular; el que pone en tensión las potencias todas en espera callada, aun cuando las circunstancias fuercen al abandono de la empresa o al desánimo; el que hace vibrar al individuo con la valentía de una acción justa.

En fin, es el valor humano el que facilita la fruición sana, espiritual y material, intelectual y emotiva, de las vivencias sucesivas que componen la vida del hombre, satisfecho conscientemente de haber realizado algo con sentido y finalidad.

IMPORTANCIA DEL ELEMENTO HUMANO EN LA EDUCACIÓN DE DEFICIENTES.

Si es importante el factor humano en general, lo es en grado sumo cuando entramos en el terreno edu-

cativo. En efecto, la propia definición de educación implica el desenvolvimiento de las facultades específicamente humanas y es el educador, encargado de llevar a la práctica ese cometido, el que ha de poner a prueba esa calidad humana tan necesaria para su labor.

Podría considerarse que no es tan imprescindible la posesión de estas cualidades para el profesor de muchachos o niños normales, porque éstos, por el hecho de ser normales, seguirán el curso de su desarrollo corporal y anímico, aunque la convivencia del profesor no les prodigue el caudal humano suficiente. Esto es cierto en parte.

Pero lo que no puede ponerse en duda es que el profesor de deficientes síquicos ha de tener una riqueza humana, una personalidad equilibrada y normalmente estructurada, porque lo exigen cuatro factores principales: el objetivo de la educación especial, los contactos individuales con los deficientes, el papel social que desempeña en la dinámica de grupos y la suplencia de los cuidados educativos que la familia no puede prodigar.

a) *El objetivo de la educación de deficientes síquicos.*

Como la característica general de los deficientes de cualquier clase es la carencia de un medio familiar preparado para llevar a cabo su reeducación, se impone la asistencia de aquéllos a Centros especiales de educación, en los cuales el educador es el que verifica la recuperación del pequeño. Esto no supone para la familia el descargarse de su responsabilidad, sino implicarse en una labor de colaboración con la institución a la que ha dirigido al pequeño, puesto que ella misma, en muchos casos, es la que elige el Centro donde se llevará a cabo el tratamiento médico-pedagógico.

Pero, además, por razones de orden temporal el niño no se desvincula de la familia, puesto que una vez finalizada su escolaridad, diez años poco más o menos, se reintegrará a la misma, con la que estuvo en contacto en vacaciones y visitas periódicas. Razones éstas que vienen a abundar en la principal, cual es la radicación vital y afectiva del deficiente al seno familiar, situación necesaria para lograr la madurez plena de su personalidad.

Y, precisamente, porque ha de estar en relación con la familia de modo que se dé una coordinación de esfuerzos y actitudes con respecto al pequeño es por lo que el educador o profesor necesita de un valor humano sobresaliente. La familia es, no pocas veces, la causante de la inadaptación del pequeño por motivos íntimos o extrínsecos de sus miembros. Y, cuando no es la que provoca la deficiencia, el hecho de sufrirla en uno de sus miembros la desquicia, en cierto modo, y la incapacita para actuar rectamente en pro de la recuperación del deficiente.

Por este motivo, el profesor ha de actuar de puente entre familia y niño evitando que éste se perjudique con las actitudes extremas de padres inseguros, ansiosos, impacientes o defraudados, que siempre dejan traslucir en sus relaciones con el pequeño. Pero, simultáneamente, debe facilitar esas relaciones, porque son beneficiosas para el deficiente, siempre que estén debidamente asesoradas. Y esta tensión

exigida por el esfuerzo coordinador de ambos, familia y pequeño, previa una composición de lugar renovada casi a diario, precisa de una naturaleza rica en cualidades humanas de capacidad, de resistencia, de seguridad y equilibrio, que, si faltan, difícilmente podrá realizarse una labor reeducadora eficaz.

Además, y dando de lado las consideraciones de tipo familiar, el propio objetivo de la educación de deficientes implica que la persona que haya de llevarla a cabo ha de estar en posesión de unas dotes de comprensión, de una flexibilidad de actuación y de un acervo personal nada vulgares. En efecto, si lo decisivo para operar la reeducación del deficiente consistiera en algo meramente instrumental, en una serie de conocimientos o en el dominio de técnicas metodológicas especiales únicamente, quizá no existiera el problema de la educación de estos niños, ya que, si no todas, muchas familias se hubieran iniciado ávidamente en esas técnicas verificando en su propio hogar la tarea educativa especial.

No es ése el objetivo de la educación especial en ninguna de las tres grandes categorías de inadaptados: por lo que a inadaptados intelectuales se refiere, no es la inteligencia del deficiente o las facultades por separado lo que se trata de activar; es el dar contenido humano a la personalidad del deficiente que, aunque corporalmente está entera, por así decirlo (salvo imperfecciones más o menos visibles de conformación en algunos casos), síquicamente está como vacía, como desprovista de concatenación en sus relaciones con el mundo exterior.

De ahí que parezca raro el ver que, teniendo los sentidos corporales expeditos generalmente, no saben hacer uso consciente de ellos. Sus manifestaciones emocionales son discordantes, no tienen resonancia afectiva interna y con frecuencia presentan antinomias en sus actitudes afectivas; es decir, ocasiones hay en que habiendo de llorar o tener pesar, ríen y viceversa. Y, no pocas veces, sin motivo alguno lanzan una estruendosa carcajada, reacción desmesurada respecto del estímulo que la motivó, consecuencia lógica de la falta de consciencia de sus contenidos emocionales.

Sus manifestaciones motrices no gozan tampoco de sincronización en los movimientos. Son corrientemente torpes y pesados o desarrollan una actividad enorme para mover un miembros, cuando hubiera bastado una ligera inervación de músculos. Y qué decir de las innumerables deficiencias generales de aprendizaje de cualquier índole.

En el caso de los deficientes sensoriales o físicos (ciegos, sordomudos, niños con trastornos motores) el problema educativo especializado sigue gravitando en aspecto personal fundamentalmente. No es ya carencia de contenido, psicológicamente hablando, pues en este tipo de niños lo que les falta es más bien el medio de comunicación, la palabra o la vista. Y aunque su tratamiento médico-pedagógico tiene un matiz más didáctico, encaminado de modo principal al dominio de las técnicas de expresión para poder relacionarse con los demás, no obstante, es decisiva también la revalorización de la personalidad del niño para descargarla de los sentimientos negativos de desventaja frente a los que ven y oyen normalmente.

Por último, por lo que respecta a los inadaptados sociales (niños afectos de sicopatía, con alteraciones de carácter, huérfanos o abandonados), se da de lleno el valor humano como aspecto fundamental de la actuación educativa, porque no siendo estos niños ni deficientes mentales ni sensoriales —aunque también haya alguno entre ellos— presentan una alteración de su estructura personal, de su afectividad, en fin, de su equilibrio, que les dificulta notablemente la inserción en el medio social sin fricciones.

Es, pues, una labor de contacto, de convivencia personal la que pone en marcha la reeducación, siendo el aspecto instructivo el móvil o promotor de ese contacto, lo esencial es la labor de persona a persona.

LA PERSONA DEL EDUCADOR Y LOS CONTACTOS INDIVIDUALES.

Como los deficientes están agrupados en número de diez a quince y de cada uno de estos grupos se hace responsable un educador, es lógico que éste tenga que establecer contacto con cada uno de ellos, porque la enseñanza especial ha de ser uno a uno, individualizada, ya que cada deficiente es un caso particular que no puede generalizarse.

Por ello habrá de hacerse cargo de las situaciones de hecho en que se encuentra cada deficiente, de las alteraciones ocasionales o pasajeras que surgen en el transcurso de la reeducación y del desencadenamiento de procesos que puedan dificultar seriamente la actuación educativa.

Las situaciones de hecho son variadísimas, entre ellas podemos destacar:

a) La excesiva actividad del deficiente inestable sicomotriz, que ha de frenar con prudencia sin coartar el desarrollo de la personalidad ni reducirlo a pasividad.

b) La viscosidad temperamental del deficiente epiléptico que le sumerge en una estereotipia pertinaz y de la que hay que arrancarle para dar fluidez y flexibilidad a sus actos.

c) La lentitud cansina del retrasado mental puro, que no plantea problemas de disciplina, pero que es necesario reactivarle para desear de su siquismo la configuración plúmbea que le oprime.

d) La reacción sicopática de concentración y aislamiento que conviene romper no de modo violento, sino facilitando la espontaneidad.

Estas, entre muchas más, son situaciones que necesita conocer el educador, porque sobre ellas y a partir de ellas comienza su tarea de reeducación. Y como fácilmente se comprende, es el factor humano el que desempeña el papel primordial en el conocimiento de las mismas.

Ahora bien, junto a esas diversas situaciones fijas, por así decirlo, que informarán el modo de actuar desde el punto de vista educativo, para su corrección hasta el grado en que sea posible, se dan alteraciones pasajeras u ocasionales que modifican temporalmente la personalidad del deficiente, ya de por sí alterada. Pueden reducirse a cuatro las causas principales de las alteraciones, a saber:

1. Reacciones de tipo emocional (visitas o vacaciones en familia).

2. Enfermedades pasajeras que obligan durante algunos días al aislamiento.

3. Cambios en el desarrollo, sobre todo la pubertad en las niñas.

4. Influencia de los cambios de tiempo e inestabilidad climática.

No pueden desdenarse estas anomalías, por pasajeras que sean, ya que la actividad general del deficiente sufre una alteración justificada y sería nocivo obligarle a reaccionar como si no estuviera bajo la influencia de la misma. Lo que procede es aminorarla reforzando en el deficiente la situación normal anterior a la alteración. Los cambios operados al comienzo de la pubertad y que se caracterizan por un estado peculiar de hipersensibilidad de la pequeña, son fáciles de soslayar, porque va cediendo poco a poco conforme se acostumbra a ellos periódicamente y a las necesidades que les impone.

Por último, los procesos que se desenvuelven o, mejor, se desencadenan en el transcurso de la educación obedecen a dos causas principales; la primera, porque el pequeño deficiente lo tenía en estado de latencia, lo cual sucede en muy contados casos; el deficiente que llegando a la pubertad se demencia pasa a ser un enfermo en el que los esfuerzos pedagógicos no tienen ya objeto y requiere ser internado en un centro frenocomial. La segunda, es la motivada por el avance de la afección que ya padece; secuelas de las crisis epilépticas dan lugar a retrocesos o regresión a estados anteriores, acentuándose de tal modo que les incapacita para toda actuación pedagógica, sumergidos en un estado de estupidez lamentable.

En la medida en que el educador comprenda y asimile esta variedad de matices personales hará eficaces sus esfuerzos de pedagogía curativa.

EL EDUCADOR COMO FACTOR SOCIAL EN CONTACTOS COLECTIVOS.

Todas estas situaciones individuales de niño-educador se hallan asimismo imbricadas en la colectividad del grupo que convive a diario, constituyendo precisamente el clima de cultivo donde ellas se manifiestan.

Por lo mismo, el educador tiene también que estar al tanto de las posibilidades educativas que el grupo le ofrece, teniendo en cuenta la influencia de éste sobre cada pequeño y viceversa. Necesita comprobar bajo qué condiciones los deficientes pueden satisfacer sus relaciones con los demás y, al mismo tiempo, favorecer su formación social, tan necesaria para su inserción en el mundo del trabajo.

El educador en el grupo de pequeños no es más que un miembro aceptado y no impuesto, y para integrarse en la dinámica del mismo es necesario partir del nivel mental de los pequeños que lo forman. De este modo, tiene responsabilidades específicas actuando unas veces como un compañero más, otras como consejero. El equilibrio inestable entre el control de sí mismo y el deseo de satisfacer impulsos inmediatos es sostenido por el educador como moderador que goza de confianza y seguridad entre los deficientes.

Es más, la integración del educador como factor social que estrecha las relaciones del grupo, constitu-

ye una defensa para los miembros del mismo, porque destruye las influencias negativas del contagio síquico, favoreciendo las positivas, completando de este modo la visión total del deficiente en sí mismo y en relación con los demás. Y para este conocimiento no ha hecho sino emplear su caudal humano rico y normal en contraste con la humanidad deficitaria del pequeño. De este modo puede apreciar el valor incalculable de los fines, medios y relaciones puestos de manifiesto en la vida de grupo, los cuales ligados entre sí le proporcionan datos valiosísimos sobre el modo de reaccionar del deficiente ante sus compañeros y ante los adultos.

VALORACIÓN DEL FACTOR HUMANO EN LA SELECCIÓN Y FORMACIÓN DE EDUCADORES.

Mis diez años largos de experiencia con deficientes, plazo no excesivamente largo, pero sí más que suficiente para poder considerar con cierta base esta cuestión, me han hecho llegar a la conclusión de que según el objetivo que se fije de antemano, esto es, según la idea previa que se tenga del cometido a desempeñar por el educador de deficientes, así será su preparación acertada o equívoca respecto de su verdadera labor.

Que una buena fundamentación teórica es necesaria, está fuera de dudas. Ahora bien, el matiz que se dé a esa teoría a partir de la cual el educador haya de realizarla en la práctica, es otra cosa distinta. Si la teoría que se desea dar a aquél está informada por el criterio instructivo de almacenamiento de conocimientos con carácter eminentemente didáctico, como un recetario o formulario más o menos completo a aplicar en un momento determinado, la formación es, desde luego, totalmente negativa. No es posible encasillar ni aun el menos número posible de casos, a vista de los cuales el educador pueda emplear por semejanza una solución determinada. La psicología del niño en general y la del deficiente de un modo particular es tan cambiante que no puede encerrarse en moldes fijos a los que adaptar unos resortes preconcebidos. No es cuestión de dominio de técnicas de enseñanza, es problema de encaje de personalidad con actuaciones personales que modelan y perfilan las deficiencias del pequeño para lograr de él la superación de las mismas, no por medio de un aprendizaje materializado en nociones de asignaturas o manualizaciones, sino mediante intercambios vivenciales que, por lo mismo, son difíciles de plasmar en libros.

El criterio acertado que informa la formación del educador será el que considera el cometido de ésta como labor de pedagogía curativa. Es decir, escogiendo primero los que personal o humanamente sirvan para desempeñar esta tarea y preparándolos después de manera que sus conocimientos profundos en biología, psicología y pedagogía les permitan conocer al pequeño y hacerse con él, pues, una vez logrado esto, lo demás es camino fácil.

De ahí las técnicas de expresión (juegos, marionetas, guiñol, etc.), requisitos indispensables para actuar cualquier educador y comenzar su acercamiento al deficiente. Y es tan sutil la sensibilidad de éste

hacia la persona del que se pone en contacto con ellos que cuando de verdad existe en ella el factor humano tantas veces repetido, involuntariamente tienden hacia él porque en él encuentran esa seguridad y equilibrio que inconscientemente desean.

Y así como el médico, haciéndose cargo del cuadro clínico del enfermo, diagnostica y pone tratamiento, obrando éste por sí mismo la curación, del mismo modo el establecimiento de relaciones afectivo-cognoscitivas entre educador y deficiente es el que opera el inicio del proceso de recuperación personal en el pequeño; los ejercicios de educación sensorial, de reeducación del lenguaje, los motrices y manuales son el relleno de esa actividad consciente que empieza a marchar. Por el contrario, si se da preferencia a estos ejercicios, sin que realmente se haya obrado ese lazo de unión personal que los justifica y da sentido, el deficiente tal vez mueva maravillosamente sus manos o clasifique superficies, tamaños y colores, a costa del ejercicio mecánico, pero lo hará de modo automático, sin saber aplicar esa actividad en beneficio de su persona, sin dar sentido a esos ejercicios, porque le falta la consciencia, la experiencia de persona, deficiente, pero de persona al fin. Se habrá perdido lamentablemente el tiempo.

Felizmente este criterio de pedagogía curativa es el que prevalece en las Escuelas de formación europeas, y decimos europeas porque no tenemos la dicha de poseer ninguna en nuestro país. Remitimos al lector a los números 71, 81, 84, 85, 88 y 99, entre otros, en los que hemos tratado ampliamente de la selección y formación en el extranjero. Ello les permitirá profundizar con detalle y nos evitará el ser prolijos.

Únicamente y para terminar resumiré en tres ci-

tas brevísimas de los números reseñados el valor humano destacado como imprescindible en esta profesión.

El Instituto de Montpellier se esfuerza en "dar a todos una formación común, de manera que cada uno conozca el conjunto de problemas planteados por la infancia inadaptada, que pueda hacerse comprender y ser comprendido por los demás, que sepa lo que debe aportar a sus compañeros y lo que puede esperar de ellos".

La Escuela de Formación de Lyon, entre los requisitos para el ingreso considera que "las disposiciones esenciales son del orden del *saber hacer, saber comprender* la juventud y saber acoger a los jóvenes".

La Escuela de formación sicopedagógica del Instituto católico de París se manifiesta de este modo:

"El examen de ingreso elimina a los candidatos que manifiesta una cultura general y un nivel intelectual deficientes o cuyos escritos y respuestas revelan inquietantes errores de juicio. La práctica que sigue después facilita la eliminación de los alumnos en el transcurso del año y, generalmente, se opera por sí mismo: el simple *aficionado* se desanima por la importancia del trabajo que se le pide; el *frívolo* o superficial, por la seriedad del ambiente; el *indeciso*, que hubiera elegido también otra carrera cualquiera, se aparta de la especialización que encuentra en la Escuela de formación. El examen de fin de año termina de cribar la promoción.

¿Puede darse al respecto prueba más contundente de la importancia extraordinaria del factor humano en esta especialidad? A mi juicio, creo sinceramente que no.

ISABEL DÍAZ ARNAL.

crónica

El grupo espontáneo en la actividad escolar

(APLICACION DE PRUEBAS SOCIOMETRICAS AL ESTUDIO DE GRUPOS DENTRO DE UNA ORGANIZACION ESCOLAR)

Hemos pretendido mediante la aplicación de una prueba sociométrica medir la adaptación escolar. Hoy se pone de moda la sicología de grupos en amplias zonas de la investigación sicosociológica. Se estudia, por ejemplo, en la sicología industrial la integración de los grupos informales a la organización y es éste uno de los puntos clave para adoptar una determinada política empresarial. Del mismo modo creo que cabe estudiar la conducta del escolar a través del grupo. No es el individuo, sino el grupo el que se acopla a la organización: el individuo lo hace a tra-

vés del grupo. Este "a través de" significa toda una configuración que el individuo recibe necesariamente, de manera que hasta cierto punto podemos afirmar que la conducta individual no existe. Se desenvuelve ésta tan conformada y tan estrechamente controlada por el grupo, que tiene pleno sentido situar la investigación a partir del grupo.

Hemos elegido dos grupos escolares pertenecientes a un mismo Centro para objeto de este estudio. Las razones de tal elección residen en que era el material más a mano en un momento dado. Los dos grupos son distintos en edad; el uno, constituido por alumnas de primer curso de Bachillerato, oscila entre los diez y doce años; el otro, correspondiente al segundo curso, entre los once y trece años.

DISTRIBUCION DE LOS SUJETOS POR EDADES

Grupo A (Primero de Bachillerato)			
	10 años	11 años	12 años
Número de Sujetos	2	11	3
Grupo B (Segundo de Bachillerato)			
	11 años	12 años	13 años
Número de sujetos	4	19	6